3 1761 09545259 5

OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

OBRAS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

BIBLIOTECA CALLEJA

VERSO

PRIMERAS POESÍAS
ARIAS TRISTES
OLVIDANZAS
ELEGÍAS
LABERINTO
POEMAS IMPERSONALES
APARTAMIENTO
EL SILENCIO DE ORO
SONETOS ESPIRITUALES
ESTÍO
ETERNIDADES
POESÍAS ESCOGIDAS

PROSA

PROSA PRIMERA
POEMAS EN PROSA
RECUERDOS
PLATERO Y YO
LA COLINA DE LOS CHOPOS
ELEGÍA A LA MUERTE DE UN HOMBRE
LAS FLORES DE MOGUER
VIDAS PARALELAS
SEVILLA
CUENTO Y SUEÑOS
CREACIÓN
MISS CONCIENCIA
LIBRO COMPASIVO

VERSO Y PROSA

ESTO

DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO

MONUMENTO DE AMOR

πε
τροσ
ελινον

LS
J6165o

OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

SONETOS
ESPIRITUALES

(1914-1915)

TERCERA EDICIÓN

15.3143
30/10/19

CASA EDITORIAL CALLEJA
MADRID
1917

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1917 BY
CASA EDITORIAL CALLEJA

De esta obra se han tirado 100 ejemplares numerados en papel de hilo.

SONETOS
ESPIRITUALES

— 1914-1915 —

A

FEDERICO DE ONÍS

ÁSPERO Y DULCE
COMO UN PAISAJE ESPAÑOL
DE PIEDRA Y CIELO

A sonnet is a moment's monument,—
Memorial from the soul's eternity
To one dead deathless hour.

D. G. Rossetti.

AL SONETO
CON MI ALMA

I

AL SONETO CON MI ALMA

COMO en el ala el infinito vuelo,
cual en la flor está la esencia errante,
lo mismo que en la llama el caminante
fulgor, y en el azul el solo cielo;

como en la melodía está el consuelo,
y el frescor en el chorro, penetrante,
y la riqueza noble en el diamante,
así en mi carne está el total anhelo.

En ti, soneto, forma, esta ansia pura
copia, como en un agua remansada,
todas sus inmortales maravillas.

La claridad sin fin de su hermosura
es, cual cielo de fuente, ilimitada
en la limitación de tus orillas.

I

AMOR

II

PRIMAVERA

ABRIL, sin tu asistencia clara, fuera
invierno de caídos esplendores;
mas aunque abril no te abra a ti sus flores,
tú siempre exaltarás la primavera.

Eres la primavera verdadera;
rosa de los caminos interiores,
brisa de los secretos corredores,
lumbre de la recóndita ladera.

¡Qué paz, cuando en la tarde misteriosa,
abrazados los dos, sea tu risa
el surtidor de nuestra sola fuente!

Mi corazón recogerá tu rosa,
sobre mis ojos se echará tu brisa,
tu luz se dormirá sobre mi frente...

III

MIENTRAS la última luz de la esperanza
alumbre débilmente mi camino,
yo iré, sonriendo y fiel, a mi destino,
contento, como un niño, de la andanza.

¡Ay, que vivir de bienaventuranza
la de un amor guardado, este divino
fuego que un día se regala, fino,
en una primavera sin mudanza!

Mas si me quitas tú esa luz, oscuro
quedará mi existir, y astrosas nieblas
decorarán mi corazón, que escombra
el sol.

Me olvidaré del cielo puro,
llegaré a ver la luz de las tinieblas,
y haré lo que se hace entre la sombra.

IV

MURO CON ROSA

SIN ti, ¿qué seré yo? Tapia sin rosa,
¿qué es a la primavera? ¡Ardiente, duro
amor; arraiga, firme, en este muro
de mi carne comida y ruinosa!

Nutriré tu fragancia misteriosa
con el raudal de mi recuerdo oscuro,
y mi última sangre será el puro
primer color de tu ascensión gloriosa.

¡Sí, ven a mí, agarra y desordena
la profusión ingenua de tus ramas
por la negra oquedad de mis dolores!

¡Y que al citarme abril, en la cadena
me encuentre preso de tus verdes llamas,
todo cubierto de tus frescas flores!

V

OJOS CELESTES

YO creí que el color azul del cielo
bajaba, a veces, a la tierra oscura,
y tras de él, en cazas de dulzura,
corrió, de flor en flor, mi desconsuelo.

Casi lo tuvo mi ardoroso anhelo
un día, ¡clara mariposa pura!
... Pero la mariposa era la dura
sombra de un delirar de mi desvelo.

Ojos celestes; como el cielo, estáis
encima de la tierra, —doble rosa
que oculta un hondo fondo vespertino—.

¡Como el cielo también, nunca bajáis
a la miseria de la carne umbrosa
en que se pierde mi anhelar divino!

VI

GUARDIA DE AMOR

PONGO mi voluntad, en su armadura
de dolor, de trabajo y de pureza,
a cada puerta de la fortaleza
porque sueles entrar en mi amargura.

Mensajes de deleite y de ternura
escucho en torno, en la delicadeza
del verde campo en flor... —¡Ya mi tristeza
va a sucumbir, de nuevo, a tu locura!...—

Para no oirte, muevo mis esposas,
y golpeo el escudo con la espada,
de mi pasión, a un tiempo, esclavo y dueño.

Mas el dormir me ata con tus rosas,
y tú te entras, cruel y desvelada,
por la puerta vendida de mi sueño.

VII

OCASO

EN una procesión de resplandores,
se fué por mi poniente el claro día,
y dejó vana y sola el alma mía,
como un campo en domingo.

¡Claras flores,
suma ardiente de olores de colores,
que, en un apasionado mediodía,
érais la paz, la gracia y la alegría;
¡qué umbríos, ahora, son vuestros olores!

Se me cayó por tierra el rico manto
que mis hombros, un día, sostuvieron,
recios y altivos bajo la realeza...

Cansado y pobre, mi oro fué mi llanto,
y mis hombros desnudos no pudieron
con la debilidad de mi tristeza.

VIII

NADA

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento;
subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.

Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas ¡ay! ¿y si esta paz no fuera nada?

¡Nada, sí, nada, nada!... —O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...—

Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!,
... ¡y soy yo solo el pensamiento mío!

IX

ROSAS DEVUELTAS

AQUÍ estáis ya conmigo, secas flores
que fuisteis a ella perfumadas, vivas,
cuando la primavera en sus altivas
ramas abrió, a la luz de mis amores.

Habéis morado entre los resplandores
de su hermosura, como yo, cautivas;
hoy que os da libertad, rosas pasivas,
me parecéis, oscuras, mis dolores.

¿Qué haremos ya, sabiendo la fragancia
que tuvimos un día, y la belleza
a que puede subir el alma, oliendo?

¡Todo se desentiende en la distancia
a que no ha de llegar esta tristeza
que nos ve sonreir, rosas, muriendo!

X

LUTO

AQUELLA claridad que me ponía
de oro la frente, como un ascua pura,
aquella lumbre celestial, frescura
que en torno de mi paz resplandecía;

¡ay! ¿qué se hizo de aquel bello día
cuya aurora de amor y de hermosura
se obstinaba en colgar a mi ventura
el ropaje sin fin de su alegría?

Hoy, un negror tenaz —nublado umbroso,
trágica pesadilla— me enlutece
el sagrario inmortal del pensamiento.

Voy y vengo, cansado y espinoso;
y al huir hacia la luz, se entenebrece
su oro total con mi oscurecimiento.

XI

VIGILIA

TODAS las noches vienes a mi sueño,
para decirme, dulce y quedamente,
que mi empeño en echarte de mi frente,
como a una maldición, es vano empeño.

Las torres que conquisto en el risueño
día para el olvido, en la doliente
noche las voy perdiendo, nuevamente...
¡Despierto esclavo si me dormí dueño!

Velo al sol, y a la luna, desvelado,
aguardo ansioso a que la sombra caiga
y asuste tu visión la amanecida.

El dormir ¡ay de mí! se me ha olvidado:
de día, porque el sueño no te traiga,
por la noche, esperando tu partida.

XII

NOSTALGIA

ROSA fresca de gracia y de ternura,
en cuyo cáliz mi doliente vida
creyó que iba a encontrar la apetecida
paz, guirnalda de luz de su locura;

¡oh día de verdad, aurora pura
y eterna, sin cansancio y sin salida!
¿a dónde has vuelto, dime, la encendida
y plena majestad de su hermosura?

Igual que el día estoy, cuando, ardiente
y libre, el sol se va, en decoraciones
reales, copia triste de su imperio.

Cuando la sombra, como negra frente,
piensa, larga, en las vastas creaciones
de la aurora que se abre en el misterio.

XIII

AL INVIERNO

DESDE EL ESTÍO

INVIERNO, ven, y haz tierra con tus vientos
la carne de mis secas ilusiones;
y trae contigo las devastaciones
del fuego y los terribles movimientos
de tierra.

Ruede tu odio los sangrientos
soles de las batallas; las legiones
de tu hambre y de tu peste de visiones
trágicas pueblen los arruinamientos.

Mi lira quede sin su voz celeste
y nunca más florezca mi camino,
para la primavera, de flor pura.

¡Brisa, luz, fuerza, paz, salud, agreste
dulzor, primer contento matutino...
¡Ya el más grave dolor será ventura!

XIV

HASTÍO

LO mismo que el enfermo desahuciado,
que vuelve a la pared, débil, su frente,
para morirse, resignadamente
mi espalda vuelvo a tu glacial cuidado.

¡Gracias a ti, mujer! Mas tú más has dado
que merecí. ¡Capricho impertinente
de niño que creía en lo demente...
... Pero estoy ya de agradecer cansado.

Tu sol discreto que desgarra un punto
el cielo gris de enero, y, dulce, dora
mi pena, ni me gusta, ni me incita.

¡Déjame! ¡Que se caiga todo junto,
tu conciencia y mi amor, en esta hora
que llega ya, vacía e infinita!

XV

RETORNO FUGAZ

¿CÓMO era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh, corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan ligera
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que una bandera!

¡Bandera, sonreir, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura...
¡Qué loco fué tu carnaval, qué triste!

Todo tu cambiar trocóse en nada
—¡memoria, ciega abeja de amargura!—
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

XVI

MUJER CELESTE

TROCADA en blanco toda la hermosura
con que ensombreces la naturaleza,
te elevaré a la clara fortaleza,
torre de mi ilusión y mi locura.

Allí, cándida rosa, estrella pura,
me dejarás jugar con tu belleza...
Con cerrar bien los ojos, mi tristeza
reirá, pasado infiel de mi ventura.

Mi vivir duro así será el mal sueño
del breve día; en mi nocturno largo,
será el mal sueño tu cruel olvido;

desnuda en lo ideal, seré tu dueño;
se derramará abril por mi letargo
y creeré que nunca has existido.

XVII

VOZ NUEVA

...¿DE quién es esta voz? ¿Por dónde suena
la voz esta, celeste y argentina,
que transe, leve, con su hoja fina
el silencio de hierro de mi pena?

Dime, blancura azul de la azucena,
dime, luz de la estrella matutina,
dime, frescor del agua vespertina;
¿conocéis esta voz, sencilla y buena?

... Voz que me hace volver los ojos, triste
y alegre, a no sé qué cristal de gloria
de oro, en que el ángel canta su ¡Aleluya!

... Que no es de boca ni laúd que existe,
que no ha salido de ninguna historia...
¿De quién, de qué eres, voz que no eres suya?

XVIII

RAMA DE ORO

DOLIENTE rama de hojas otoñales
que el sol divino enjoya y trasparenta,
cuando hurta el sol la nube, polvorienta
rama es, de miserias materiales.

Todas las maravillas inmortales
que la hoja de oro exalta y representa,
se las lleva la hora turbulenta
al centro de los senos celestiales.

Corazón, seco, vano y pobre nido
en que los sempiternos resplandores
hallan, un punto, refulgente calma.

Cuando el amor te deja en el olvido,
se truecan en cenizas tus fulgores
y es vil escoria lo que creiste alma.

XIX

EL CORAZÓN ROTO

CREÍ que el pobre corazón ya estaba
compuesto para siempre. Me lo había
atado con las cuerdas de poesía
de mi lira alta y pura.

Comenzaba
a florecer, por donde yo pasaba,
nueva y gentil, la primavera mía;
sueños de paz y cantos de alegría
la luz del sol en mi rincón entraba.

Entre las rosas, tú te apareciste,
como siempre reidora e inconstante,
salvando redes y tendiendo lazos...

El mirar noble se me puso triste,
y el mal atado corazón amante
se me quedó, otra vez, hecho pedazos.

XX

OCTUBRE

ESTABA echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno,

a ver si con partirlo y con sembrarlo,
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

II

AMISTAD

XXI

A LA POESÍA
ÁRBOL JOVEN Y ETERNO,
CASTILLO DE BELLEZA

EN EL LIBRO «ÁRBOL AÑOSO»,
DE NARCISO ALONSO CORTÉS

SÍ; en tu cerca ruin, que desordena
ya abril con su pasión verdecedora,
al sol más libre ¡oh árbol presol, dora
tu cúpula broncínea, blanda y plena.

Por ti es fuerte tu cárcel; por ti amena
su soledad inerme. Inmensa aurora
es tu sombra interior, fresca y sonora
en el yermo sin voz que te encadena.

Ave y viento, doble ala y armonía,
vendrán a tu prisión, sin otro anhelo
que el de la libertad y la hermosura...

Espera, ¡oh árbol solo! —¡oh alma mía!—,
seguro en ti e incorporado al cielo,
firme en la excelsitud de tu amargura.

Setiembre, 1914.

XXII

MAÑANAS

LECHO PRESTADO

¡DURA, seca, fatídica mañana,
que me despiertas con tu vehemencia
agria de aquel concierto de inocencia,
gala del fondo de mi soberana
noche;

revuelta hez de pena humana,
de deslumbrada y sórdida conciencia,
que tarda en tomar sitio en la paciencia
de esta grotesca farsa cotidiana!

¡Mañana, duerme más; deja que el día
se vaya acostumbrando, hora tras hora,
al pensamiento de la vida triste.

Y que despierte mi melancolía
en descansada paz —¡única aurora!—
que envuelva en lentos oros cuanto existe.

XXIII

A MI PENA

DE blanco toda, casta y verdadera,
con la mañana pálida en la frente,
eras de pronto como la reciente
rosa de nunca vista primavera.

Te salía tu aroma por doquiera,
esencia nueva, que al resplandeciente
día le era su olor propio y conciente...
Llegada la última, fuiste la primera.

¡Cómo tu cuerpo se ajustó, callado,
al hueco triste que la farsa loca
hizo, menguada, su guardarropía!

Tu constancia dejóme arrodillado,
frente a tu perfección tembló mi boca,
fué, como tú, perfecta mi alegría.

XXIV

A UN AMIGO

HACIA la luz se te fué a ti tu rosa
tronchada, aquella luz de tu quebranto;
yo tuve entre mis manos el encanto
y se me fué a la vida bulliciosa.

Es la muerta mi viva, en la espantosa
soledad de la tierra; no en el santo
imperio tu ilusión, que en suave canto
tiene tu vida con su paz gloriosa.

Abrazado a tu lira, amigo, espera;
que en mayo, ella bajará a tu vida
en el blancor de todo, con el vuelo
de todo, en la fragancia mensajera
de todo, por su escala florecida...

Del mundo no se vuelve, sí del cielo.

XXV

TRASTORNO

NUNCA creí que el albo lirio fuera
efémero también. Yo no sabía
que el odio alimentara la alegría.
¡Invierno, te llamaron primavera!

¿Por qué la estrella altiva y pura era
el seco nido de la noche umbría?
¿La paloma inmortal cómo encendía
corvo pico de ave carnicera?

Pues aquel manantial, con su negrura
enlutecía el mar de la mañana.
El ruiseñor pudo asustar al hombre.

Hablaba el niño con palabra impura,
el corazón era una gruta insana,
y la traición tenía un claro nombre.

XXVI

A UNA JOVEN DIANA

(A ALBERTO GIMÉNEZ FRAUD)

EL bosque, si tu planta lo emblanquece,
sólo es ya fondo de tu paz humana,
vasto motivo de tu fuga sana,
cuyo frescor tu huir franco ennoblece.

La luz del sol del día inmenso, crece
dando contra tus hombros. La mañana
es tu estela. Por ti la fuente mana
más, y el viento por ti más se embellece.

Evoco, al verte entre el verdor primero,
una altiva y pagana cacería...
A un tiempo eres cierva y cazadora.

¡Huyes, pero es de ti; persigues, pero
te persigues a ti, Diana bravía,
sin más pasión ni rumbo que la aurora!

Abril, 1914.

XXVII

NOCHES IDEALES

BAJO LA ACACIA EN FLOR

A la divina luz de las estrellas
que miran mi infinito desconsuelo,
mis ojos andan, tristes, por el cielo,
perdidos locamente por entre ellas.

Estas estrellas claras son aquellas
que en noches puras de pasión y anhelo
bajaban, hechas manos, hasta el suelo
a entretenerse con mis dichas bellas.

¡Oh subir, oh caer de pena y gracia,
correspondencia eterna de ideales
cuidados, satisfechos vanamente!

Al través del aroma de la acacia,
juegan como dos niños inmortales
el cielo humano y la celeste frente.

XXVIII

SOLEDAD

A UN POETA MUERTO

SOÑABA yo, cantando, en la alegría
del amor solo, puro y verdadero,
que va por el vivir, como el sendero
en flor va, en mayo, por la pradería...

El otro amor, el rojo, repetía
por el ocaso sordo y dominguero
su corazón de carne, en bullanguero
volver.

... Cantando sola ya, seguía
mi alma tu canto, chorro de frescura
que caía cual en su propia fuente,
en el cáliz abierto de mi pena...

Me fuí al balcón, y vi en la verde altura
una estrella, y oí una voz ausente,
y sentí olor de lirio y de azucena...

XXIX

SUEÑO

IMAGEN alta y tierna del consuelo,
aurora de mis mares de tristeza,
lis de paz con olores de pureza,
¡premio divino de mi largo duelo!

Igual que el tallo de la flor del cielo,
tu alteza se perdía en su belleza...;
cuando hacia mí volviste la cabeza,
creí que me elevaban de este suelo.

Ahora, en el alba casta de tus brazos,
acogido a tu pecho trasparente,
¡cuán claras a mí tornan mis prisiones!

¡Cómo mi corazón, hecho pedazos,
agradece el dolor, al beso ardiente
con que tú, sonriendo, lo compones!

XXX

SIESTA

TENÍA el niño al pajarillo ciego
en una noria de juguete atado,
vendado el ojo que dejó vendado
ya el destino sin fe.

Me dormí luego,
partido el corazón, como si el juego
triste lo hubiera a él, agigantado,
roto; después, entre lo trastornado
del soñar, era él pájaro de fuego.

Llama sólo, ojos toda, y noria, a una,
en la que mi dolor loco giraba
sacándome mi sangre con mis ojos;

¡sangre de luz, nueva mañana y luna
nueva, que un campo mágico regaba,
trocando en azucenas los abrojos!

XXXI

PRIMAVERA

A UNA MUJER

LA rosa huele con su olor más fino,
brilla la estrella con su luz más pura,
el ruiseñor abarca la hermosura
de la noche con su más hondo trino.

Y el tierno olor me es malo, y el divino
fulgor azul deja mi frente oscura
y me hace sollozar de desventura
del ruiseñor el brote cristalino.

Y no es aquella pena prodigiosa
que el corazón antiguo me lamía
con su lengua de miel insuperable...

¡Haz que me huela plácida la rosa,
que la estrella me inflame la poesía,
que el ruiseñor me suene deleitable!

XXXII

AL MAR ANOCHECIDO

¡SI su belleza en mí morir pudiera
como en ti, mar, se borran los colores
que el sol divino te dejó, en las flores
de luz de toda su gentil carrera!

Mas ¿qué es la muchedumbre, pasajera
eterna, de este oleaje de dolores,
para tal resplandor de resplandores,
alba sola de toda primavera?

¡Mar, toma tú, esta tarde sola y larga,
mi corazón, y da a su sufrimiento
tu anochecer sereno y extendido.

¡Que una vez sienta él cual tú, en la amarga
infinitud de su latir sangriento,
el color uniforme del olvido!

XXXIII

CREPÚSCULO

A UNA MUJER

¡REMANSO de bondad, en que mi herida
me bordas tú de rosas! —*Pura, esplende*
una estrella en ocaso. De ella pende
—de tu mano mi corazón— la vida.

Los dos somos mejores. Encendida
está en nuestra ilusión, que ahora comprende,
la única luz, la que en las venas prende
de oro de paz la sangre enriquecida.—

¡Clara amistad de limpia frente y noble!
El alma varonil, severo roble,
toca un cielo, por ti, con fe gigante.

Por ti en la tarde, el alba le encristala
la morada interior, y le regala,
nuevo, el sol de la vida agonizante.

Julio, 1914.

XXXIV

LUNA DE SETIEMBRE

PRONTO vendrá esta luna sobre el frío
del jardín, cuando yo, serenamente,
torne de estar, mi frente con tu frente,
tu corazón, amiga, con el mío.

Pasaré entre las yedras del umbrío
sendero, en que errará, perdidamente,
el color y el olor de tanta ardiente
flor, muerta ya, de este marchito estío.

¡Dicha, que en la estación entra y perdura
con tan diverso bienestar! ¡Oh fuego
dulce que el aire gratamente enfría!

¡Frío, que se estremece, en su ternura,
y que la llama bella funde, luego,
en lazo estrecho de ávida alegría!

XXXV

NUBES

NEVADA de los cielos, pareciste
la luna trastornada en primavera.
Vi, una vez, no se dónde, una pradera
así, blanca cual tu te apareciste.

En un sueño más sueño aún, volviste
de nuevo a mí como la mensajera
del último blancor que el alma espera...
Me desperté dos veces, triste y triste.

No sé si desvelada va o dormida
mi esperanza contigo. Sobrepasa
unas veces, con luz, tu mismo albor,
cuando estoy más despierto que en la vida...

Y a veces, es como que me traspasa
la negra sombra de un almendro en flor...

XXXVI

PASEO

EN la suntuosidad gris del poniente
que enarbola la pena de la tarde,
el día corto muere, en un alarde
de color y de luz, hondo y vehemente.

Bordeamos, silenciosos, la corriente
donde, en doblado afán, el cielo arde
entre islas de hojas secas... Un cobarde
estrelleo titila por tu frente...

La hora de pasión, abierta, loca,
va a la noche mojada, en el exceso
agudo de una excelsa despedida...

Tú lloras sin saber de qué, y mi boca
recoge, dulce, en tu exaltado beso
el alma innumerable de la vida.

XXXVII

PRIMAVERA

A AMÓS SALVADOR Y CARRERAS, QUE, ESTANDO YO ENFERMO, ME REGALÓ CON SU ESTEREOSCOPIO

ERA un descenso vano de mis días.
Mayo triste dejaba negro y recto
mi bosque interno. En un mentido aspecto
de sol, temblaban mis alegorías.

Y... ¡oh montones de luz, oh pedrerías
de color, dulce amigo predilecto,
que diste a mi romántico intelecto
con la virtud de tus fotografías!

Una andariega primavera hirviente
bajó, hormiguero de oro, de la frente
al corazón gentil y embelesado...

Me erguí, demandé pan y quise vino,
y, cara al sol, recomencé el camino
por un mágico campo encristalado.

Mayo, 1914.

XXXVIII

PANAL

A M——A M——S, EN ELOGIO
DE SU NOBLE DILIGENCIA

OTRA vez, amistad, a mí has venido,
dulce, con todo el corazón abierto
como un panal. ...No sé si estaba muerto.
¡Sé que a tu claridad he revivido!

Cuando llegabas, el monstruoso olvido,
negro y brutal, se levantó, cubierto
de altiva luz, y huyó ante el sol despierto,
torvo por el sendero amanecido.

¡Bendita tú, virtud resplandeciente,
que traspasas las llagas con divinas
lenguas de blandas mieles fervorosas!

¡Torne el amor, y cíñame a la frente
su corona dramática de espinas,
porque la adornes tú con la de rosas!

III

RECOGIMIENTO

XXXIX

ÁRBOLES ALTOS

¡ABIERTAS copas de oro deslumbrado,
sobre la redondez de los verdores
bajos, que os arrobáis en los colores
mágicos del poniente enarbolado;

en vuestro agudo éxtasis dorado
derramáis vuestra alma en claras flores,
y desaparecéis en resplandores,
ensueños del jardín abandonado!

¡Cómo mi corazón os tiene, ramas
últimas, que sois ecos, y sois gritos
de un hastío inmortal de incertidumbres!

¡Él, cual vosotras, se deshace en llamas,
y abre a los horizontes infinitos
un florecer espiritual de lumbres!

XL

A MI ALMA

SIEMPRE tienes la rama preparada
para la rosa justa; andas alerta
siempre, el oído cálido en la puerta
de tu cuerpo, a la flecha inesperada.

Una onda no pasa de la nada,
que no se lleve de tu sombra abierta
la luz mejor. De noche, estás despierta
en tu estrella, a la vida desvelada.

Signo endeleble pones en las cosas.
Luego, tornada gloria en las cumbres,
revivirás en todo lo que sellas.

Tu rosa será norma de las rosas,
tu oir de la armonía, de las lumbres
tu pensar, tu velar de las estrellas.

XLI

¡AMOR...!

DE tanto caminar por los alcores
agrios de mi vivir cansado y lento,
mi desencadenado pie sangriento
no gusta ya de ir entre las flores.

¡Qué bien se casan estos campeadores,
el pie que vence y el entendimiento!
El recio corazón ¡con qué contento
piensa en mayo, brotado de dolores!

Es ya el otoño, y en el yermo y puro
sendero de mi vida sin fragancia,
la hoja seca me dora la cabeza...

¡Amor! Amor! ¡Que abril se torna oscuro!
¡Que no cojo al verano su abundancia!
¡Que encuentro ya divina mi tristeza!

XLII

SETIEMBRE

¡MARTIRIO del otoño! La dolencia
del oro hace del jardín ardiente
el verdadero ocaso, más vehemente
y más sin fin que él.

Una inminencia
de algo que va a no ser más, la frecuencia
del viento, el leve lamentar doliente
del gorrión, le dan a lo presente
anuncios vagos de mortal ausencia.

La ola amarilla que setiembre inflama,
como mayo la azul, en triste fuego
se alza, igual que un alma arrepentida,
al cenit mismo, y arde, y llora, y clama...

... y cae, rota y desalada, luego,
en una confusión de hojas sin vida.

XLIII

SE entró mi corazón en esta nada,
como aquel pajarillo, que, volando
de los niños, se entró, ciego y temblando,
en la sombría sala abandonada.

De cuando en cuando, intenta una escapada
á lo infinito, que lo está engañando
por su ilusión; duda, y se va, piando,
del vidrio a la mentira iluminada.

Pero tropieza contra el bajo cielo
una vez y otra vez, y por la sala
deja, pegada y rota, la cabeza...

En un rincón se cae, al fin, sin vuelo,
ahogándose de sangre, fría el ala,
palpitando de anhelo y de torpeza.

XLIV

OCTUBRE

A través de la paz del agua pura,
el sol le dora al río sus verdines;
las hojas secas van, y los jazmines
últimos, por su luz, a la ventura.

El cielo, verde, en la más libre altura
de su ancha plenitud, deja los fines
del mundo en un extremo de jardines
de ilusión. ¡Tarde en toda tu hermosura!

¡Qué paz! Al chopo claro viene y canta
un pájaro. Una nube se desvae
sin color, y una sola mariposa,
luz, se sume en la luz...

Y se levanta
de todo no sé qué hálito, que trae,
triste de no morir más aún, la rosa.

XLV

REY DE VANIDADES

CORONABA la tarde mi tristeza
con sus multiplicados resplandores,
y eran oro magnífico estas flores
mustias, adorno vil de mi cabeza.

Desde la cumbre de mi realeza,
sonreí, campeador, a mis dolores;
cual miel, paladeé mis sinsabores;
pensé que el pesar era la belleza.

Mujer al fin, la tarde, vanamente
se desnudaba de su luz; las cosas
quedábanse sin ansia y sin sentido...

Volví a ser yo. Las flores de mi frente
volaron cual doradas mariposas,
y me quedé hecho el rey del olvido.

XLVI

MAYO ESPIRITUAL

LA estrella sola luce en el violento
cartel, cual si un afán de primavera
única, de la tierra, la encendiera
sobre su sueño llano y polvoriento.

Al cielo mira el campo todo, hambriento
de eternidad, sin que su pasajera
flor le importe. Parece que subiera
ya hacia su celestial renacimiento.

Lo mismo que la sangre que la estrella
fuera dejando, mientras sube y arde
hacia sí, la ancha sombra cae, fría.

Y cada vez la estrella está más bella,
como si fuera el despuntar, la tarde,
de un ideal y nunca visto día.

XLVII

HIERRO

... Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigræ feraci frondis in Algido,
Per damna, per cædes, ab ipso
Ducit opes animunque ferro...

HORACIO.

VI el roble castigado, que, al constante
tornar de la sencilla primavera,
doraba la oquedad de su madera
con su tranquilo corazón fragante.

De hierro era el retoñar pujante
entre la paz de la estación primera;
parecía que el árbol devolviera
al cielo el hacha en ramo fulgurante.

Recordé el hacha que con tajo frío
abrió mi corazón, roble robusto,
primavera de oro y de consuelo.

¡Que mis brazos, verdor del pecho mío,
se levantaron solos, en augusto
poder, vibrando luz, al vasto cielo!

XLVIII

HOMBRE SÓLO

¡ALEGRE y milagroso vencimiento
que das la libertad!... Me fuí, cantando,
al campo verde. Estaba el cielo blando,
saltona el agua y jugador el viento.

Niño puro otra vez, el pensamiento
se me iba en lo más íntimo ocultando,
del ignorado corazón. Y andando,
andando, se me abría el sentimiento...

¡Con qué encanto seguí las mariposas,
como cogí la malva del vallado,
y paré el agua con mi mano abierta!

Perdido en la alborada de las cosas,
el universo fuí, resucitado
del corazón de la varona muerta.

XLIX

ROSAL

¡CUÁN grato tú, rosal que, a la ventura,
abres junto al laurel de mi ventana!
Me das el sueño, y luego, a la mañana,
cambias mi sueño por tu esencia pura.

En cada hora mía, tu dulzura
me trae una distinta dicha. Hermana
buena tu rosa de mi ausente vana,
me imitas lo mejor de su hermosura.

Lo finges todo, y todo con tus alas
sujetas, sin pedirme por tu vida,
lo llenas de fragancias y colores...

¡A ver si me eres fiel, si me regalas,
puesto que todo lo que piensa olvida,
el retorno inconciente de tus flores!

L

SUEÑO

TE bañabas, como una luna llena,
en la secreta soledad umbría.
Abrí los mirtos. Toda la alegría
de tu escondite se tornó en mi pena.

Dejando absorta la laguna y plena
de llanto, huiste avergonzada y fría;
y la noche, al cruzar tú, parecía
que se trocaba toda en azucena.

El blanco imán de tu carnal diamante
la nóche entera me llevó tras ti
y fuiste de oro, de carmín, de rosa...

Al alba, el mar se puso por delante,
y cual la primavera, huir te vi
desde la playa muda y dolorosa.

LI

EL JARDÍN

ERA —¡no, no era así!— de otra manera.
La primavera verde todavía
no era gloria del sol; mas parecía
que lo era, ¡y no lo era!... ¡y sí lo era!

Hoy, en el banco que la primavera
cuelga de verde y guarda de armonía,
parece que el invierno torna fría
y honda la ardiente plenitud primera.

No, no es el sitio. Nada está anhelando
y todo está contento y en su hora,
sin ansia y sin temor de la mudanza.

Es abril porque abril está pasando,
¡mas no lo es, porque en su verde aurora
no se levanta el sol de mi esperanza!

LII

ESPERANZA

¡ESPERAR! ¡Esperar! Mientras, el cielo
cuelga nubes de oro a las lluviosas;
las espigas suceden a las rosas;
las hojas secas a la espiga; el hielo

sepulta la hoja seca; en largo duelo,
despide el ruiseñor las amorosas
noches, y las volubles mariposas
doblan en el caliente sol su vuelo.

Ahora, a la candela campesina,
la lenta cuna de mis sueños mecen
los vientos del octubre colorado...

La carne se me torna más divina,
viejas, las ilusiones encanecen,
y lo que espero ¡ay! es mi pasado.

LIII

ELEGÍA

MI tedio se repite en la corriente,
lento y mudo, como otro dios, andando
entre los chopos de oro, que cantándo-
le están al cielo libre y trasparente.

Es mi vida esta doble estampa ardiente:
mis pies contra mis pies, entrelazando
sus raíces; mi frente separando
de mi frente su anhelo, inmensamente.

Todo el otoño humano, libre, torna
a esta tarde postrera y encendida,
como a un suave nido palpitante;

en que desde el espejo que trastorna
mi ilusión, me contempo en esta vida
más bella que el ensueño ¡y más distante!

LIV

VOZ DE NIÑO

¿LO oí? ¡Sí!...De una voz que no habló aquí,
brote celeste, hijo de cristal,
mecido por la cuna virginal
de la estrella que, en sueños, escogí.

¿Del primer corazón que amó —¿lo ví?—
lucero matinal, digo, triunfal
grito que, trastornado, matinal
lucero creyó el sueño?... ¿Lo oí? ¡Sí!
¡Sí!

—Igual que una vez que oí, tornando
de madrugada al valle, un raudal duro
y fino, que la luna con su plata
última libertaba aún del puro
primer sol; ya en la vida y aún soñando...—

¡Voz de niño, más que el silencio grata!

LV

OTOÑO

ESPARCE octubre, al blando movimiento
del sur, las hojas áureas y las rojas,
y en la caída clara de sus hojas
se lleva al infinito el pensamiento.

¡Qué amena paz en este alejamiento
de todo, ¡oh prado bello, que deshojas
tus flores, oh agua, fría ya, que mojas
con tu cristal estremecido el viento!

¡Encantamiento de oro! ¡Cárcel pura,
en que el cuerpo, hecho alma, se enternece,
echado en el verdor de una colina!

En una decadencia de hermosura,
la vida se desnuda, y resplandece
la excelsitud de su verdad divina.

ÍNDICE

AL SONETO CON MI ALMA

Págs.

I.—Al soneto con mi alma 18

I
AMOR

II.—Primavera 22
III.—Mientras la última luz de la esperanza. 24
IV.—Muro con rosa 26
V.—Ojos celestes. 28
VI.—Guardia de amor 30
VII.—Ocaso 32
VIII.—Nada. 34
IX.—Rosas devueltas 36
X.—Luto. 38
XI.—Vigilia 40
XII.—Nostalgia 42
XIII.—Al invierno 44
XIV.—Hastío 46
XV.—Retorno fugaz 48
XVI.—Mujer celeste 50
XVII.—Voz nueva 52
XVIII.—Rama de oro 54
XIX.—El corazón roto 56
XX.—Octubre 58

II

AMISTAD

Págs.

XXI.—A la poesía 62
XXII.—Mañanas 64
XXIII.—A mi pena 66
XXIV.—A un amigo 68
XXV.—Trastorno. 70
XXVI.—A una joven Diana 72
XXVII.—Noches ideales 74
XXVIII.—Soledad 76
XXIX.—Sueño 78
XXX.—Siesta. 80
XXXI.—Primavera. 82
XXXII.—Al mar anochecido 84
XXXIII.—Crepúsculo 86
XXXIV.—Luna de Setiembre 88
XXXV.—Nubes 90
XXXVI.—Paseo 92
XXXVII.—Primavera. 94
XXXVIII.—Panal. 96

III

RECOGIMIENTO

XXXIX.—Árboles altos 100
XL.—A mi alma. 102
XLI.—¡Amor...! 104
XLII.—Setiembre. 106
XLIII.—Se entró mi corazón en esta nada . 108
XLIV.—Octubre 110
XLV.—Rey de vanidades 112
XLVI.—Mayo espiritual 114

Págs.

XLVII.—Hierro 116
XLVIII.—Hombre sólo 118
XLIX.—Rosal 120
L.—Sueño 122
LI.—El jardín 124
LII.—Esperanza 126
LIII.—Elegía 128
LIV.—Voz de niño. 130
LV.—Otoño 132

FIN

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE FORTANET
DE MADRID
EL 19 DE FEBRERO DE
1917

153143 LS
Author Jiménez, Juan Ramón J613.s.o.
Title Sonetos espirituales.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU